NO MÁS MUNDO, NO MÁS MUNDO

En otoño de 1569, Camilo abandonó el Hospital de Santiago en Roma, donde había pasado un período de tratamiento, primero como paciente interno y luego como camillero. Parecía curado de la llaga que se le había abierto en el talón del pie derecho desde hacía algún tiempo y que ahora se había curado. Por desgracia, no tardó en reabrirse y desarrollarse, haciéndole sufrir hasta la muerte. Esa herida sería el estigma que, durante el resto de su vida, le recordaría su juventud.

Tras abandonar el hospital, se alistó en el ejército de la República de Venecia, en el que permaneció hasta 1573, participando en diversas hazañas contra los turcos, especialmente en Dalmacia. Destituido, consiguió alistarse en el ejército del rey de España, y durante un año vagó aquí y allá, por el "Reino" y por África.

Su principal dedicación durante este periodo fue el juego, que llevó al extremo y que le arruinó por completo, chupándole el poco dinero que recibía de la milicia.

A finales del otoño de 1574, mientras se encontraba en Nápoles, también fue licenciado del ejército de Felipe II. Con un compañero, Tiberio di Siena, viajó a Apulia y llegó, tras varias escalas, a Manfredonia, con la oculta esperanza de tener la oportunidad de alistarse en alguna compañía mercenaria.

El 30 de noviembre, impulsado por la necesidad, se redujo a mendigar en la puerta de la catedral de la ciudad. Un distinguido anciano, Antonio di Nicastro, se fijó en él, se apiadó de él y le ofreció trabajo como aprendiz en una fábrica de los Padres Capuchinos, cuya construcción supervisó. Con poco esfuerzo, venció la hostilidad y la resistencia de su compañero, que siguió su camino, y aceptó aquel modesto encargo. Tuvo que proporcionar a los albañiles, con un par de burros, las piedras, los ladrillos, la cal y el agua necesarios.

En los primeros días se sintió profundamente humillado y frustrado, al encontrarse en una situación indigna de su estatus. A la edad de veinticuatro años y medio, un joven apuesto, descendiente de una familia noble, que todavía llevaba las marcas de su antiguo oficio en la ropa, se redujo a conducir burros. Por fuera podía parecer una figura bastante graciosa; por dentro estaba en un estado trágico. En su interior bullía una rebelión muda para dejarlo todo e irse. Todo acto, por benévolo que fuera, por parte de los capuchinos, era interpretado con recelo, incluso el ofrecimiento de un poco de tela de su hábito, para resguardarse del intenso frío.

Pasadas las primeras semanas, empezó a aceptar aquella situación temporal, en su opinión, con la esperanza de la llegada de la primavera y la futura vuelta a las armas.

Cuando se terminó la construcción del convento, no se le despidió, sino que el Guardián le encomendó la tarea de proveer a las diversas necesidades de la comunidad. Los capuchinos le habían tomado cariño a este joven más desgraciado que malo, y que mostraba cierta buena voluntad. Y, por otra parte, no era insensible a sus atenciones.

El 1 de febrero de 1575, el guardián, fray Francesco da Modica, lo envió a Castel S. Giovanni -hoy S. Giovanni rotondo-, a doce millas de Manfredonia, para que llevara ciertas provisiones a los frailes y trajera a cambio vino.

Por la noche, el guardián de aquel convento, fray Angelo, mantuvo una larga conversación con Camilo bajo una pérgola desnuda de parras. Le hablaba de Dios y de la salvación del alma, con

sencillez y sin florituras. Conociendo las tentaciones a las que pueden estar sometidos los jóvenes de su edad, le amonestó a resistir los malos pensamientos y a escupir en la cara del diablo.

Camilo escuchó con deferencia y, al final, se encomendó a las oraciones del fraile.

A la mañana siguiente, 2 de febrero, fiesta de la Purificación de la Virgen, un miércoles, tomó el camino de regreso a Manfredonia. Montado en su asno, con dos odres de vino, envueltos en dos alforjas sobre sus alforjas, recorrió el solitario y tortuoso camino que serpentea por los barrancos del monte Gargano. Pensó en lo que le había dicho el fraile y reflexionó sobre su vida pasada. El complejo de fracasos, faltas, pecados, infidelidad a promesas y votos resurgió en su conciencia. Tomó conciencia de su miseria moral, de su ingratitud para con Dios. Tomó forma y se consolidó un propósito de arrepentimiento y de vida renovada, que también se expresó exteriormente en un torrente de sentimientos. Desmontó, o más bien saltó de la silla, cayó de rodillas en medio del camino y, golpeándose el pecho, acusándose de pecador, pidió perdón, prometió penitencia: "¡No más mundo... No más mundo! Se levantó con la intención de hacerse capuchino.

Reanudó su viaje, interiormente transformado. Una nueva vida había comenzado para él. Desde entonces -como él mismo confesaría- era consciente de que ya no había cometido ningún pecado, ni grave ni leve, deliberado, en una vida transcurrida en la tensión constante y permanente del amor a Dios y del servicio al prójimo.

La suya fue una verdadera "conversión" en el sentido bíblico, una "metanoia".

Según los exégetas, "metanoia" significa un cambio de mente, de modo de pensar, de disposición, de orientación para asumir una nueva actitud; y ante todo un cambio de evaluación, de juicio, de convicción con respecto a la realidad contingente y al reino.

El primer paso que el hombre debe dar en este proceso de conversión es el reconocimiento de su propia condición, de su propia limitación. La conversión es una renuncia, una separación, un desprendimiento, pero el aspecto más importante es una nueva orientación hacia Dios. El pecador es el que se ha alejado del Señor para recorrer su propio camino; la conversión exige volver sobre los propios pasos, retomar las propias decisiones. No basta el arrepentimiento, la deploración del mal cometido; hace falta una transformación interior, un cambio de vida, un retorno sincero a Dios.¹

Esto es lo que le ocurrió a Camilo en el camino a Manfredonia. En una visión panorámica de toda su vida, se puede ver en esa decisión el hito que marca una etapa fundamental de su existencia, la línea divisoria de dos bandos, uno -por utilizar la expresión agustiniana- de amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios y otro de amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo.

APÉNDICE: Fuentes

S.P. Camilo tuvo que conservar hasta su muerte un recuerdo imborrable de la experiencia interior y exterior que él mismo llamó su "conversión" y que cambió totalmente el rumbo de su vida. Lo recordaba en circunstancias particulares, y lo manifestaba, en la intimidad, a sus Religiosos, que eran más bien sus confidentes.

Entre ellos, el P. Sanzio Cicutelli conocía sobre todo los diversos detalles, que se preocupaba de anotar, como hacía de lo que aprendía del Fundador. Así, nos ha transmitido la descripción más

¹ Cf. Ortensio Da Spinetoli, Matteo, Asís 1971, pp. 67-68.

vívida y minuciosa, tanto en la "Vita Manoscritta" como en la edición impresa, desde la primera edición.

Al examinar las fuentes relativas al hecho, creo que conviene hacer una doble distinción:

I - la descripción que nos dejó Cicutelli; II - los testimonios y deposiciones contenidos en los Procesos Apostólicos para la Beatificación del Siervo de Dios.

I - El padre Cicutelli describe minuciosamente la conversión en el capítulo X de la "Vita manuscrita".² que luego reproduce casi literalmente, salvo algunos ligeros cambios de expresión, en la primera edición de su "Vita del P. Camillo de Lellis" (Viterbo 1615).

Es evidente que en su narración se inspira, como modelo, en la conversión de San Pablo. "Y sucedió", leemos en los Hechos de los Apóstoles (9:3-5), "que mientras él (Saulo) estaba en camino y a punto de acercarse a Damasco, de repente una luz del cielo brilló sobre él, y mientras caía al suelo, oyó una voz. Y Cicutelli parafrasea: 'Mientras él (Camilo) pensaba así, hay una similitud de otro San Pablo, fue repentinamente asaltado desde el cielo con un rayo de luz interior tan grande como para reflejar su miserable estado... no pudiendo... mantenerse sobre su caballo, como abatido por la luz divina, se dejó caer al suelo...!'

A pesar de la veracidad sustancial del hecho, revelada por otros relatos, embellece la escena. Por ejemplo, las palabras de arrepentimiento que pone en labios de Camilo han sido reelaboradas y relatadas de forma ligeramente distinta en el manuscrito y en la vida impresa. La firme resolución: "No más mundo, no más mundo" puede considerarse sin duda de Camilo.

En la disposición de Cicutelli al Proceso Apostólico de Nápoles, repite lo que escribió antes.

Camilo es llamado por Dios a su verdadero conocimiento (cap. x)

"Camilo continuó por algún tiempo en la mencionada forma de vida, estando ahora tan lejos de Dios que ya no recordaba el Voto, ni ningún otro buen propósito. De hecho, estaba tan alejado de estos pensamientos que, estando mal vestido y sufriendo un gran frío en aquel invierno, y habiendo querido aquellos Padres darle, por compasión, un poco de ese paño gris que llevan, para que hiciera con él un hábito, nunca quiso aceptarlo, por miedo a que no lo hicieran para inducirle poco a poco a hacerse monje. Que finalmente aceptó, casi a su pesar, y contra su voluntad, forzado y constreñido por el frío. En el fondo, su pensamiento de quedarse con aquellos religiosos era sólo el de ganar algún escudo para pasar aquel invierno, y poder volver enseguida al vómito, es decir, al juego y a la guerra, si fuera posible. Pero el pensamiento de Dios era muy distinto del suyo, pues no pasó por aquella estación invernal, que le alcanzó, rompiendo todo el tejido de sus vanos designios, hiriéndole incluso tan profundamente que mientras vivió llevó siempre en su corazón el recuerdo y las señales de ella.

Ahora que el edificio estaba terminado, el Guardián empezó a servirse de él en otros servicios, enviándole particularmente con los mismos asnos a llevar mercancías de un convento a otro. Cuando por fin llegó el momento en que Su Majestad quiso llamarle a su verdadera amistad para llevar a cabo por medio de él una maravillosa empresa, sucedió que una vez fue enviado al convento de San Giovanni, un castillo a doce millas de Manfredonia, para llevar un paquete de fideos que se cambiarían por un lote de vino. Y una vez hecho esto, se disponía a regresar a la mañana siguiente. Por la noche, mientras se preparaba para el viaje, el Guardián de dicho convento llamado Fray Angelo

² AGMI 116, f. 28-29.

(que en realidad era un buen Ángel para él) le llamó bajo una pérgola de parras, y como por sus acciones parecía ser un joven dado a las cosas del mundo, le dio un breve razonamiento espiritual, dándole algunos recordatorios contra las malas tentaciones, uno de los cuales era que si le venía a la mente alguna mala tentación, escupiera inmediatamente a la cara del diablo, sin tenerle en cuenta. Remedio que luego observó siempre en su vida. Cuando terminó su razonamiento, Camilo sólo respondió: Padre, ruega a Dios por mí, para que me ilumine sobre lo que debo hacer para su servicio y para la salud de mi alma. Y con esta conclusión, a la mañana siguiente, habiendo oído su misa (y tal vez incluso tomado la vela bendita por ser ese día la Purificación de la Santísima Virgen) partió y se encaminó a Manfredonia. Por el camino, montado en su asno entre dos odres de vino, que estaban dentro de un par de alforjas, iba pensando en las cosas que le había dicho el Guardián. Mientras pensaba de este modo, he aquí que, como otro San Pablo, fue de repente arrebatado por un rayo de luz interior procedente del cielo, tan grande era su miserable estado que, por una gran contrición, parecía tener el corazón aplastado y destrozado por el dolor, e incapaz de mantenerse sobre su cabalgadura, como abatido por la luz divina, se dejó caer al suelo en medio del camino. Donde arrodillado sobre una piedra comenzó con inusitado dolor, y lágrimas, que le llovían de los ojos, a llorar amargamente su vida pasada. Diciendo con palabras interrumpidas por muchos sollozos: ¡Ah miserable e infeliz de mí qué gran ceguera fue la mía por no conocer antes a mi Señor! ¿Por qué no he dedicado toda mi vida a servirle? Perdona, Señor, perdona a este gran pecador. Dame al menos tiempo para la verdadera penitencia, y para poder sacar de mis ojos tanta agua como baste para lavar las manchas y la fealdad de mis pecados. Cuando decía estas cosas y otras parecidas, nunca se veía saciado de golpearse y darse puñetazos en el pecho, sin atreverse ya a levantar los ojos al cielo, tal era la vergüenza y la confusión de mirarle. Mientras lloraba, seguía ingenuo (después de haber dado infinitas gracias a la bondad divina por haberle esperado tan pacientemente hasta aquella hora) y tomó la firme resolución de no ofenderle nunca más, de hacer amarga penitencia y, sobre todo, de hacerse capuchino cuanto antes. En repetidas ocasiones dijo y repitió las siguientes palabras: "no más mundo, no más mundo". Desde aquel día, que fue el 2 de febrero de 1575, año santo y tercero del Pontificado de Gregorio XIII, miércoles, solemnísimo día de la Purificación de la Virgen Inmaculada, en el quinto año de su vida hasta el fin de la misma, nunca más recordó ni acusó su conciencia, por la gracia de Dios, haber cometido pecado mortal alguno que hubiera conocido, ni siquiera pecado venial voluntario. De la que solía decir que antes se dejaría descuartizar mil veces antes de cometer una sola a sabiendas y voluntariamente. Este día era entonces siempre celebrado por él y se guardaba con gran devoción en memoria de tan señalado don, llamándolo el día de su conversión".³

II - EN EL PROCESO ROMANO ORDINARIO de Beatificación, celebrado de 1618 a 1624⁴, no se menciona el hecho, porque quedaba fuera del ámbito de los interrogatorios. En efecto, se pregunta a los testigos sobre su conocimiento del Siervo de Dios, sus virtudes (caridad, humildad, paciencia, etc.), sus dones de presciencia, las predicciones que hizo y los milagros atribuidos a su intercesión.

Del mismo tenor debieron ser las deposiciones hechas en los Juicios Ordinarios de Chieti, Nápoles y Génova, al menos por lo que se desprende de aquellas deposiciones que fueron posteriormente tomadas en los Juicios Apostólicos subsiguientes.

³ Ibid.

⁴ AGMI 2049

III - En los PROCESOS APOSTÓLICOS de Beatificación, que comenzaron en 1625, se prepararon por la postulación los "Articuli quoad sanctitatem vitae et pro canonizatione Servi Dei Camilli de Lellis, Religionis Clericorum Regularium Ministrantium Infirmis Fundatoris"⁵, que fueron enviados a las diversas Curias Episcopales, donde se celebraron los Procesos, con las cartas remisorias.

El segundo artículo se refería a la vida que llevó Camilo de joven y al hecho de su conversión. Reproduce brevemente lo que se expone más ampliamente en la biografía del Siervo de Dios.

"Item ponunt quod Servus Dei Camillus fuit a parentibus suis pie ac laudabiliter cum Dei timore educatus in patria, sed nihilominus usque 25^o suae aetatis annum parum laudabiliter vixit, magnopere ludo deditus, universas substantias dissipando usquequo servitio Cappuccinorum se dedicans anno 1575, particulari Dei impulsu tactus 2 februarii sollemni die Purificationis B. Mariae Virginis cum a Castro Sancti Ioannis in Apulia ad Sipontum usque, inter duas utres equitaret, ut elemosynam quandam vini pro ipsis Patribus Cappuccinis, quibus tunc serviebat, recuperare, et pia monita de turpitudine peccati, eiusque fuga capienda a Custode Coenobii dictorum Cappuccinorum accepta, animo pervolveret, cum esset in loco campestri, repente divini luminis sagitta intrinsece percussus, veluta alter Apostolus, equo decidens, mediaque in via super lapidem genuflexus, cordi dolore, lachrymas abunde profundens suspiria et singultus quamplurimos emittens, pectus suum durissime, ob paenitentiam, saepissime percutiens, antea vitae suae peccata amare flevit, mundo pluries renunciavit ac Religionem ingrediendi votum emisit, quod fuit et est verum et his fuit, erat et est publica vox et fama palam"⁶

De 44 de nuestros Religiosos que depositaron en los Procesos Apostólicos celebrados en Roma, Nápoles, Chieti, Génova, Mantua, Bolonia y Florencia, varios glosan todos los primeros artículos del interrogatorio, para detenerse más en el testimonio de las virtudes; algunos omiten la deposición sobre este segundo artículo; uno, el P. Próspero Voltabio, confiesa su ignorancia al respecto "respondit nescire"⁷. Ocho afirman explícitamente haber oído hablar del hecho al propio Fundador y se detienen en tal o cual detalle, en la línea indicada por el mismo artículo. De estas disposiciones no se desprenden nuevos detalles, pero se confirma la veracidad del hecho y su decisivo giro en la dirección de la vida del Santo.

A) Juicio Romano. - De nueve de nuestros religiosos que declararon en este juicio, sólo uno, el padre Cesare Simonio, testificó sobre el segundo punto. Él (1572 - 1645)⁸, había ingresado en la Orden en Nápoles en 1590, y conocía al Siervo de Dios desde hacía mucho tiempo, ya que había pasado mucho tiempo en Roma. Cuidaba con celo a los moribundos en domicilios particulares y gozaba de cierto seguimiento y amplia estima y consideración. Ya había prestado declaración en el proceso ordinario romano el 28 de agosto de 1618. Su testimonio en aquella ocasión había sido más animado que en ésta, y más detallado. Sobre el hecho de la conversión, respondiendo al segundo artículo, declaró:

⁵ Estos artículos se imprimieron en un opúsculo en Nápoles (ex typographia Aegidi Longo, 1625) AGMI 33, 3. También aparecen al principio de varios Procesos Apostólicos (AGMI 1;12;2051).

⁶ AGMI 1, f. 9-9v.

⁷ AGMI 1, f. 123.

⁸ Mohr, Catal. Relig. n° 61

"Me encontré presente entre la octava de su profesión y la de todos los demás Padres de manos de Monseñor Albergo Arzobispo de Ragusa que era el año 1591, que el dicho Padre. Camilo, a mayor confesión y gloria de Dios, contó que habiendo jugado con lo que tenía, o mejor dicho, con los mismos paños y espada, acudió al servicio de los capuchinos con ocasión de que un amigo suyo trabajaba en un edificio y se hospedaba allí para gastar su dinero; donde sucedió que, saliendo de un lugar para dirigirse a Manfredonia a caballo, fue tocado por una contrición interior y por un conocimiento de sí mismo de tal manera que, abandonado por sus fuerzas, cayó del caballo; tomó entonces la resolución de hacerse religioso, como también he oído decir a los citados Padres nombrados como compañeros suyos".⁹

B) En el Juicio Apostólico Napolitano, de 18 de nuestros Religiosos que prestaron declaración, cinco atestiguaron este hecho.

1. - Hermano Horace Porgiano (1535 - 1629)¹⁰ . Había ingresado en la Congregación en 1585, y fue miembro del Primer Capítulo General, "tamquam ex primis fundatoribus" aunque no elegido. Era muy querido por el Fundador por su dedicación a los enfermos y sus asiduos cuidados. Y él correspondió a su amor, porque estaba convencido de que no había "madre que amara a sus hijos tanto como Camilo amaba a su pobre y querido infirmo". Tenía 90 años y 5 de ceguera, cuando prestó declaración en las sesiones de los días 3,5 y 10 de septiembre de 1625, y recordó lo que Camilo le había confiado "familiarmentè sobre sí mismo y su vida.

"El citado P. Camilo me ha dicho muchas veces que su conversión a Dios fue en Manfredonia, yendo a servir a un convento de Capuchinos para la construcción y otros servicios del convento, y lo hizo con intención de hacerse Capuchino, y una vez uno de aquellos Padres viejos le exhortó contra el pecado, y un cambio de vida, y el dicho Padre me dijo que iban a servir al dicho convento, en el camino iba rumiando y pensando en aquellas palabras que le había dicho el Padre Capuchino, y vino tal contrición por los pecados pasados, que tomaron la decisión de cambiar de vida y hacerse Capuchinos, prometiéndolo a Dios con un voto y esto me lo dijo dicho Padre familiarmente contando sus cosas pasadas y esto ha sido muchas veces, y en esto estuvieron presentes algunas veces muchos de nuestros Padres, que al presente no recuerdo; et hoc est verum, etc." ¹¹

2. - El padre Pietro Paolo Bossi (1577-1641)¹² había ingresado en la Orden en 1595. Se había propuesto varias veces marcharse y había sido rechazado -como él mismo confiesa en su declaración- por el P. Camilo. Había sido Prefecto de algunas casas, Mantua, Génova, Sessa, Bucchianico. Estaba en Nápoles desde 1622. En su declaración se detiene sobre todo en sus hechos personales.

En el segundo artículo dice:

"He oído por boca de nuestro Padre Camilo, que en sus ejercicios espirituales decía que el día de la Purificación de Nuestro Señor (¡sic!), había recibido conocimiento de su miserable estado y deseo de entregarse a hacer penitencia por su mala vida pasada, que para llorar sus pecados se hizo capuchino, pero a causa de una herida en la pierna dejó la capuchina... Y esto lo dijo en todos los lugares en que lo he conocido, como en Roma, en Génova, en Milán, en esta

⁹ AGMI 2047, f. 72v.

¹⁰ Mohr, Catal. Relig. n° 44

¹¹ AGMI 1, f. 91-91v.

¹² Mohr, Catal. Relig. n° 157

ciudad y en otros lugares, a todos nuestros Padres; et hoc est verum publicum notum".¹³

3. - El P. Cromazio De Martino (1570-1650),¹⁴ de Nápoles, que ingresó en la Orden en 1595, había sido Consultor General de 1599 a 1602 y había ejercido la prefectura de algunas Casas. Su declaración hecha el 27 de octubre de 1625 es la siguiente:

"Del mismo padre Camilo tengo entendido que en los tiempos de su juventud vivió con gran temor de Dios, entregándose al juego, y se vio obligado a vender hasta su camisa para apostar, aunque había sido bien educado desde el principio por sus parientes; Como no tenía otra forma de jugar, entró al servicio de los Padres Capuchinos en Manfredonia, donde un día, de camino al servicio de los Padres Capuchinos, fue milagrosamente iluminado por Dios para convertirse a su servicio, en cuyo lugar arrodillado en tierra, derramando muchas lágrimas y suspiros, hizo propósito de mudar de vida, desde cuyo tiempo entendí del dicho Padre que no le remordía la conciencia de haber ofendido ni mortal ni voluntariamente venialmente a su divina Majestad; al mismo tiempo que hacía voto de hacerse religioso, y todo esto no sólo me lo dijo a mí el padre Camilo, sino también el citado¹⁵ varias veces; et hoc est verum, publicum, notum, publica vox et fama".¹⁶

4. - Padre Cesare Bonino (1568-1631),¹⁷ de Turín, que ingresó en la Orden en 1592, fue dos veces Consultor General (1596-1599; 1602-1608), Provincial de Milán (1609-1612; 1616-1618) y de Sicilia (1613-1615). Era uno de los religiosos más destacados del Instituto, conocido por su realismo y equilibrio, filialmente devoto del Fundador. Su declaración expresa su personalidad:

"Recuerdo que el P. Camilo me contaba a menudo con pena que cuando estaba en su siglo era muy inclinado al juego, pero nunca recordaba haber blasfemado nada, como suelen hacer los jugadores, y por ello alababa a Dios Nuestro Señor, y además me contaba que habiendo vuelto de la guerra, se vio reducido a tal necesidad que tuvo que ir a servir a una fábrica de capuchinos en Manfredonia, donde un día llevó un paquete de vino con odres, él también iba a caballo, En el camino le sobrevino tal compunción y dolor por sus pasados pecados, que al apearse del caballo se arrodilló en tierra llorando amargamente su vida pasada e hizo voto de hacerse Religioso y así me lo contó varias veces el Padre Camilo cuando me habló de su vida pasada, y a este acontecimiento asistieron otros Padres, que al presente no recuerdo quienes son, si es bien conocido entre nosotros y así me lo contó varias veces el Padre Camilo en diferentes tiempos y lugares; et hoc est verum, publicum"¹⁸

5. - El P. Sanzio Cicatelli (1670-1627),¹⁹ de Nápoles, que ingresó en la Orden en 1589, fue uno de los primeros profesos solemnes en 1591. Había recibido varios cargos, entre ellos el de Prefecto General (1619-1625). Diligente primer biógrafo del Siervo de Dios, confirma lo ya escrito en su deposición, ampliamente difundida:

"Sé que en su infancia el padre Camilo fue educado por su padre y su madre en el temor de Dios y con buenas costumbres, pero cuando llegó hacia el año 19, comenzó a recorrer el mundo, haciéndose soldado y sirviendo a diversos príncipes, como la República de Venecia y el rey católico Felipe II, pasando diversos y diferentes peligros por mar y tierra...Continuó en dicha vida hasta el año 1575, cuando obligado por la necesidad por

¹³ AGMI 1, f. 149v.

¹⁴ Mohr, Catal. Relig. n° 155

¹⁵ Pardi Alessandro Gallo, Sanzio Cicatelli y Ottaviano Variani, a los que ya ha mencionado.

¹⁶ AGMI 1, f. 177v.

¹⁷ Mohr, Catal. Relig. n° 86

¹⁸ AGMI 1, f. 210-211.

¹⁹ Mohr, Catal. Relig. n° 17

haberlo perdido todo, se redujo a Manfredonia a buscar limosna con el sombrero en la mano, y a servir a una fábrica de los Padres Capuchinos, donde una vez fue enviado al Castel di S. Giovanni a tomar una limosna. Giovanni a tomar una limosna, que era un paquete de vino, mientras volvía a Manfredonia montado en su asno entre dos odres de vino, he aquí que como otro S. Pablo fue repentinamente asaltado desde el cielo con una luz interior tan grande de su miserable estado y con un dolor tan íntimo por sus pecados pasados que le pareció que su corazón estaba todo aplastado por la pena, Así que se echó al suelo sobre una piedra en medio del camino y lloró amargamente por toda su vida pasada, golpeándose fuertemente el pecho, pidiendo perdón a Dios y tomando la firme resolución de no volver a ofenderle, de hacer amarga penitencia y de cumplir cuanto antes su voto de hacerse capuchino, diciendo y repitiendo varias veces estas palabras no más mundo, no más mundo; desde cuyo día era 2 Febr. 1575, el miércoles, día solemne de la Purificación de la Siempre Virgen María, en el año 25 de su vida, dijo repetidas veces en varias ocasiones que, por la gracia de Dios, nunca más recordaba haber cometido un pecado mortal voluntaria y conscientemente, diciendo que Dios le había dado un odio tan grande al pecado que habría sufrido mil muertes antes de cometer una, por pequeña que fuera, Todo esto lo sé por haberlo oído varias veces y en diferentes ocasiones a este siervo de Dios Camilo, confundiéndose siempre de la gran paciencia que Dios tuvo con él, en esperarle tanto tiempo para que hiciese penitencia, y esto me lo dijo algunas veces actualmente a otros, que al presente no recuerdo, a excepción del padre Alessandro Gallo, que está muerto; et hoc est verum, publicum".²⁰

C) Juicio de Génova. - Seis de nuestros religiosos testificaron en ella. De ellos, sólo uno, el padre Lucantonio Catalano, respondió al segundo artículo.

El P. Catalano²¹ de Galatina (Lecce), que ingresó en la Congregación en 1587, fue uno de los 25 primeros profesos solemnes en 1591. De carácter extrovertido y ardiente, había viajado de punta a punta de la península, por todas las casas de la Orden. Muy devoto del Fundador, había conservado cuidadosamente cuatro cartas dirigidas a él. Desde 1620 estaba destinado a Génova, donde permaneció hasta su muerte. Bastante fanfarrón, en el Juicio declaró con... modestia: "No hay nadie que sepa tanto del Fundador como yo". Su declaración es muy difusa, a veces incluso verbosa:

"He oído decir muchas veces al dicho padre Camilo, y a otros muchos de su patria, que fue bien educado por su madre, procurando darle mucha virtud, sin embargo al cabo de 10 o 12 años de su edad dejó la escuela y vivió no muy laudablemente, habiéndose entregado mucho al juego, haciendo muchas cosas, disipando todas sus riquezas hasta el año en que cumplió 25 años, en el cual, habiendo estado varias veces en guerra y habiendo sufrido muchos dolores de la vida durante la guerra, y habiendo jugado y su ropa y su camisa, cubrió su carne con algunos harapos, se vio reducido a pedir limosna sobre la puerta de Manfredonia como soldado maltratado y vuelto de la guerra, y en esa miseria aceptó servir a los Padres Capuchinos en la fábrica, que por caridad quisieron cubrirle con su pan, que él no quiso aceptar, Temiendo que no le hicieran capuchino, y en ese momento recibió una advertencia del Guardián de los Capuchinos, demostrándole la fealdad del pecado y lo importante que era resistir a la tentación, se compuso muy particularmente, yendo por carretera desde Castel S. Giovanni en Apulia hasta Siponto. Giovanni en Apulia hasta Siponto en medio de dos pellejos de vino que le habían dado de limosna por el sufragio de los Capuchinos, llegando a una gran llanura cerca de una gran roca, llamado por su caballo, arrodillado sobre una roca con gran dolor en el corazón derramando muchas lágrimas y suspiros, golpeándose el pecho con gran fervor, teniendo gran dolor de sus pasados pecados, renunció varias veces al mundo e hizo voto de entrar en religión, y esto es verdad que yo he oído antes de él y de muchos de sus compañeros y de algunos padres capuchinos, y así es rumor y fama pública".²²

²⁰ AGMI 1, f. 223-224.

²¹ Mohr, Catal. Relig. n° 11

²² AGMI 12, f. 34-34v.

D) Juicio de Bolonia. - En Bolonia, entre otros religiosos, el P. Frediano Pieri, Superior General de la época (1576-1648) depuso²³. Su testimonio es, desde el aspecto que nos ocupa, bastante curioso. De hecho, responde al segundo artículo recordando la vida no buena de Camilo y calla sobre el hecho de su conversión. Probablemente, al menos vie es de suponer, que no habiéndose enterado directamente por el Fundador, prefirió honestamente evitar toda declaración al respecto:

"He oído decir que el padre Camilo Lelli (¡sic!) fue un gran pecador y entregado a muchos vicios mientras estuvo en su siglo, y esto también está escrito en su vida, y además de esto he oído decir por él mismo que fue un gran pecador y que fue una tea del infierno, y que fue capuchino, y que fue capuchino está escrito en su vida, y no se me informa de otra cosa".²⁴

E) Juicio de Mantua. - En este juicio testificó el prefecto de la Casa, el padre Domenico De Martino (1574-1631), napolitano.²⁵ Ingresó en la Orden en 1595 y fue Prefecto de varias Casas. En 1624 había dirigido las labores de asistencia a los apestados en Palermo y había escrito una "Relatione". En su declaración, respondiendo al artículo 2, se limita a confirmar, de forma genérica, lo solicitado:

"Lo que se cuenta en este capítulo no sólo lo he sentido contar a mucha gente, y en particular a un capuchino vecino, de quien no recuerdo el nombre, sino al mismísimo Padre Camilo muchas veces, cuando quiere buscar la misericordia de Dios y su propia vida."²⁶

p. Pietro Sannazzaro, en C.I.C. 1975 n.59 - Año V, pp. 11-24

²³ Mohr, Catal. Relig. n° 120

²⁴ AGMI 15, f. 49.

²⁵ Mohr, Catal. Relig. n° 71

²⁶ AGMI 2051, f. 32-32v.